

El orden de la guerra. Las FARC-EP: entre la organización y la política.

Juan Guillermo Ferro y Graciela Uribe
Bogotá, CEJA, 2002.

Por Jorge Reinel Pulecio

Profesor asociado, IEPRI,
Universidad Nacional de Colombia

SI NO SE HUBIERAN ROTO LOS diálogos de paz entre el gobierno y la guerrilla de las FARC-EP, el 20 de febrero de 2002, la publicación del libro de Ferro y Uribe habría sido vista como un petardo contra los diálogos y las esperadas negociaciones. Esto porque el libro presenta con crudeza una parte sustantiva del "orden de la guerra" que se libra en Colombia –la referida a la naturaleza organizativa y política de las FARC-EP–, y deja en los lectores la percepción dramática y desoladora de una guerra que se institucionaliza y se potencia, aprovechando los propios esfuerzos de paz de la nación colombiana.

Como los diálogos se rompieron y al orden del día (2003) están las políticas favorables al escalamiento del conflicto, tanto en el campo del Estado como de la insurgencia, el estudio de Ferro y Uribe parece a primera vista confirmar los argumentos belicistas de los propagandistas oficiosos. En realidad, nada sería más ajeno al propósito de los autores ni más equívoco, si hacemos una lectura atenta del texto. Se trata por el contrario de una exploración a fondo, hasta donde la propia dinámica de la guerra lo permite, sobre la compleja estructura organizativa y el soporte ideológico de la organización guerrillera más antigua y consolidada del hemisferio occidental, exploración pensada para entender la naturaleza de la guerra de más de 40 años que vive Colombia.

El libro está llamado a producir polémica, incluso a ser estigmatizado por lectores confesionales y ligeros. Pero en todo caso se convertirá en una obra de referencia necesaria para todos aquellos que, con ánimo académico o con el propósito de construir alternativas políticas al conflicto nacional, pretendan adentrarse en el entendimiento del orden de la guerra.

La primera virtud que quiero destacar del libro es su oportunidad. La intensa investigación de campo fue posible por el clima favorable que se creó durante los tres años de diálogos de paz en la denominada Zona de Distensión (enero de 1999 a febrero de 2002). De alguna manera la guerrilla de las FARC se abrió a una disección externa. A una biografía no autorizada pero consentida. Del examen resultan muchas verdades que seguramente hoy preferirían mantener ocultas.

Igualmente el libro puede ser leído con el propósito de una *autocrítica* del movimiento insur gente. De hecho, los autores se cuidan de caer en los epítetos y las descalificaciones gratuitas, propias de los propagandistas oficiosos. Se trata de un texto académico. Un texto producido en un interregno en que la nación creyó en la solución negociada del conflicto armado pero que va a ser leído en medio de himnos de guerra. Aun así, mantiene el tono regulado del académico preocupado por la verdad, en todos los tiempos.

El plan del libro es sencillo: se pregunta por las causas del crecimiento de las FARC en las últimas

décadas. Trata de responder recurriendo de forma casi exclusiva al análisis de la evolución organizativa y política de las propias FARC. Muy poco se ocupa de los factores externos, del entorno nacional e internacional. Allí está su virtud pero también los límites del análisis. Utiliza como pretexto una guía metodológica propuesta por Panebianco (1995) para analizar la dinámica de los partidos políticos. El resultado final es la radiografía gigante de una estructura militar institucionalizada (burocrática, la llama Francisco Gutiérrez, el prologuista), las FARC-EP, expuesta a un conjunto de contradicciones y riesgos de crecimiento que los autores describen con una dialéctica muy precisa.

No existen cifras contundentes sobre el crecimiento cuantitativo de los militantes de las FARC. En cambio, el estudio muestra la evolución histórica de su estructura orgánica, de las instancias de mando político y militar, de la estrategia de penetración territorial, de autosuficiencia financiera, de creación de instancias políticas y militares urbanas, en fin, de adecuación funcional del complejo político-militar guerrillero a las exigencias contemporáneas de la guerra, incluyendo de forma destacada la institucionalización de la organización (esto es, que se ha convertido en un fin en sí misma a partir de transformar los principios fundamentales en cultura organizacional). En suma, las FARC evolucionaron de ser un movimiento de autodefensa campesina, en los años cincuenta y sesenta, a constituirse en un retador eficiente del régimen

político y del Estado nacional. En el discurso de la propia organización guerrillera, en virtud del crecimiento orgánico son hoy una “opción de poder” en Colombia.

Muchos cambios han ocurrido en Colombia y en el mundo en estos últimos 40 años. Lo cierto es que las FARC evolucionaron de forma organizativa y crecieron, pero extrañamente mantuvieron el principio fundacional como una estrategia exitosa de consolidación institucional. Esto es lo que destacan los autores. Y lo hacen mostrando las contradicciones y riesgos de tal crecimiento. Enunciemos algunos:

1. El principio fundacional de las FARC es el concepto de *resistencia*. Resistencia campesina contra agresores externos, nacionales e internacionales. Este principio le otorga sentido y pertenencia a la militancia. Ha sido la base de la institucionalización de la organización. De forma contradictoria, la nueva militancia, compuesta fundamentalmente por jóvenes (los militantes de las FARC tienen un promedio de edad de 19 años, según Carlos Antonio Lozada, miembro de la Comisión Negociadora de las FARC hasta el año 2002 en entrevista concedida al autor de esta reseña), campesinos (90%) y mujeres (40%), en la actualidad no puede adoptar fácilmente las reglas y normas derivadas del referido principio fundacional, es decir, la institucionalidad largamente construida. Y ante el acelerado crecimiento orgánico y las demandas operativas de la guerra, las FARC no tienen tiempo para *formar* a su nueva militancia. Los riesgos son evidentes y costosos.

2. Asociado al punto anterior, mantener la identidad cultural de corte campesino ha sido vital para la consolidación y la unidad de las FARC. A su vez, la misma organización es consciente de que hoy éste es un país urbano y que las grandes

decisiones nacionales se libraran en las ciudades. No obstante, las FARC no tienen una propuesta política coherente sobre los problemas urbanos contemporáneos. Ferro y Uribe concluyen con una frase lapidaria: “Las FARC no han ganado ni han perdido la guerra porque no han logrado entrar de lleno en la ciudad. (...) La consecuencia de esto naturalmente resulta en la prolongación indefinida del conflicto...”.

3. Para sostener el crecido ejército, las FARC han debido sacrificar legitimidad política y reconocimiento ético como organización que se propone conducir la sociedad. El recurso a la extorsión, al secuestro y al narcotráfico, si bien les permite sostener de forma autónoma la guerra, a su vez le ofrece al Estado la oportunidad de demostrar la ilegitimidad ética y moral de este retador no institucional.

4. El recurso a la clandestinización de todas sus estructuras –obligado por la guerra sucia–, les permitió a las FARC garantizar la vida de sus simpatizantes y militantes. Incluso puede ser parte de su crecimiento externo. Sin embargo, esto mismo ha aislado a la organización, la ha privado de dirigentes de masas y de la posibilidad de construir alianzas, esto es, de hacer política.

5. Las FARC mantienen un discurso político e ideológico básicamente marxista-leninista. Se trata de una lectura fundamentalista de la lucha de clases, de un mensaje contestatario y antiimperialista, recientemente adosado con una recuperación crítica del pensamiento bolivariano. Es palpable su aislamiento de los aportes teóricos de la izquierda gramsciana. Esto les permite manejar un mensaje llano y sencillo para su militancia campesina, y quizás reducir las polémicas y disidencias propias de la izquierda crítica. No obstante, igualmente

mantiene aislada a las FARC del tratamiento de grandes temas contemporáneos, asociados por ejemplo a los problemas de revalorización de la democracia, o a los temas de género, minorías étnicas, religiosas y culturales, y a los propios retos que establece la globalización.

Estas y muchas otras contradicciones vinculadas al crecimiento cuantitativo y al discurso político de las FARC son ampliamente documentadas por Ferro y Uribe en los materiales internos de la organización, en las entrevistas a comandantes guerrilleros, así como a líderes sociales de la región del Caguán en el Caquetá.

El libro deja muchas ventanas abiertas para el análisis. Quiero referir brevemente dos temas y luego concluir enunciando lo que me parecen vacíos o, mejor, tareas pendientes, no asumidas en el texto.

Puede deducirse del libro que el Estado colombiano, las élites políticas y económicas, no han querido apostar a hacer de las FARC un retador institucional. Prefieren mantenerlas como retador no institucional del régimen (bandoleros, subversivos, guerrilleros o terroristas, según el lenguaje que ponga de moda el jefe de Estado, todos por fuera de la ley, sin siquiera el reconocimiento de fuerza beligerante). Seguramente esa es una opción que tampoco han querido jugar sectores clave de las FARC: no aceptan convertirse en retadores institucionales del régimen. En términos prácticos, esto se traduce en un diálogo imposible: el régimen político no se abre de forma genuina para aceptar la participación de las FARC (ese fue el caso frustrado de la Unión Patriótica, que terminó en el exterminio de su militancia) y, del otro lado, las FARC sólo aceptan una institucionalidad que emerja de un nuevo régimen político.

Lo anterior queda igualmente patentado en un caso que tratan los

autores pero que merece estudios más detallados. Me refiero a la experiencia de Cartagena del Chairá en el Caquetá. La región ha sido controlada políticamente por las FARC desde principios de los setenta, y desde 1977 existen cultivos de coca (antes hubo marihuana). En dos ocasiones (1984-1985 y 1999-2000) se han formulado proyectos –con participación del Estado, las FARC y las comunidades locales– para sustituir de forma concertada los cultivos ilícitos y generar un modelo de desarrollo regional alternativo. En ambas ocasiones los proyectos han sido abortados.

Lo novedoso del proyecto de “Planificación de mecanismos para la sustitución de cultivos ilícitos en Cartagena del Chairá”, presentado en el año 2000 por las FARC como propuesta en los diálogos de paz, era, primero, que estaba pensado como profundización de un ejercicio de *democracia corporativa* impulsado por esa guerrilla en las elecciones previas del alcalde municipal. Segundo, que las FARC lo planteaban como una forma de legitimación suya ante la comunidad nacional e internacional, para superar el estigma de los vínculos con el narcotráfico. El gobierno de Pastrana cerró toda opción política al experimento. A mi entender este hecho mostró, de forma protuberante, la distancia que había entre las partes en los diálogos de paz. Las FARC insisten en un modelo de Estado corporativo y en un régimen político de partido único. El establecimiento evidenció una vez más que no acepta compartir algún tipo de institucionalidad con las FARC.

Un segundo ámbito de reflexión que provoca el libro es el de la juventud. El lector quedará aterrado con la información recauda sobre las causas del ingreso masivo de jóvenes y niños a la guerrilla. Una cosa queda clara: en Colombia la juventud campesina no

tiene futuro. No se lo brinda la familia, la escuela, el entorno local, la sociedad mayor. Y los que ingresan a la guerrilla no lo hacen por razones ideológicas y políticas – como sucedía con las guerrillas de los años sesenta y setenta, alimentadas por capas de estudiantes, maestros e intelectuales de clase media-. Ya dentro de la guerrilla, la comandancia procura, sin éxito garantizado, darles formación ideológica. Los autores tratan con doloroso realismo este proceso. Pero cabe la pregunta: ¿No es por las mismas razones que los jóvenes están optando por los otros ejércitos, por ingresar en las Fuerzas Armadas, la Policía Nacional o enrolarse con los paramilitares?

En realidad, para tener completo el mapa del *orden de la guerra* en Colombia, el estudio debería abarcar la historia de la evolución orgánica y política de los otros ejércitos actuantes. En todos los casos, el peso de la guerra se descarga en la juventud.

Finalmente, a pesar del gran aporte documental y analítico del estudio en commento, creo que subsisten vacíos que obligan a continuar las indagaciones y a tomar con reserva algunas conclusiones.

Lo más preocupante, en mi entender, es que el estudio trata de explicar el crecimiento de las FARC centrando el análisis casi exclusivamente en la funcionalidad de la estrategia organizativa y el discurso ideológico adoptados por dicha organización. No es posible sustentarlo aquí, pero existe suficiente evidencia (y literatura que sobra reseñar) de que también se ha gestado una crisis institucional en la sociedad colombiana, y que ésta se ha expresado en resquebrajamiento (o en amenaza de colapso) del Estado. Ha sido sobre ese paño de fondo –crisis institucional y debilitamiento del Estado (pérdida del monopolio del ejercicio de la violencia, la tributación y la justicia, por ejemplo)– que se han crea-

do condiciones favorables al fortalecimiento orgánico de la insurgencia guerrillera y de los paramilitares.

En dos dimensiones puede exemplificarse brevemente lo dicho: en la crisis de la justicia y en la economía del narcotráfico. Sobre lo primero, extraña que los autores no hayan profundizado en el tema de la forma como las FARC establecen una “justicia guerrillera”, radicalmente distinta al sistema judicial nacional y que escarmienta en las fallas del mismo, para imponer una legitimidad alternativa en las zonas bajo su control.

El punto no es que la guerrilla sí haga justicia “pronta y cumplida”, sino que una de las mayores expresiones de la crisis institucional colombiana está en la ineficiencia del sistema de justicia, como ha sido ampliamente documentado. Como dice Francisco Thoumi (2002), en Colombia se democratizó el incumplimiento de la ley. Y después se privatizó la “justicia”. En suma, sin reconocer la crisis en las instituciones básicas, como la justicia, no puede entenderse plenamente la dinámica de organizaciones como los paramilitares o las FARC. Éste es un aspecto pendiente de investigación.

En segundo término, aunque Ferro y Uribe reconocen que el crecimiento de las FARC no puede asociarse de forma exclusiva al crecimiento de la economía de los cultivos ilícitos, en todo caso al optar por leer el fenómeno del crecimiento desde la óptica del efecto del narcotráfico sobre las finanzas y la estructura organizativa de las FARC, el análisis pierde integridad. Por ejemplo, es evidente que la economía del narcotráfico desestructuró primero la unidad y funcionalidad de la *familia campesina* en las zonas cocaleras y en las áreas de influencia; luego penetró en las otras instituciones y organizaciones que daban sentido al orden

social y político local o regional (empresas, partidos políticos, gremios, organismos del Estado, etc.); finalmente se estableció y extendió la cultura del enriquecimiento rápido, del riesgo, del premio al más osado, relegando el trabajo arduo, la acumulación lenta, el esfuerzo productivo. La cultura de la captura de rentas especulativas y de apropiación privada de bienes públicos, el *familismo amoral*, se hizo dominante en amplios sectores de la sociedad colombiana.

Ésta es una dimensión de la crisis institucional en lo local y regional que ha favorecido el crecimiento de la insurgencia y los paramilitares. En consecuencia, no puede invertirse el sentido de causalidad: el origen de la crisis está en las instituciones básicas. De no entenderse adecuadamente el fenómeno puede caerse otra vez en el argumento manido de que la economía de la coca y la amapola es la fuente de todos los males en Colombia, no una expresión de la crisis.

Finalmente, me parece francamente insuficiente el tratamiento dado en el libro al tema regional, aunque éste era un propósito explícito del estudio. Veamos.

No es suficiente reconocer, con razón, por lo demás, que el “cen-

tralismo democrático” adoptado por las FARC ha sido un obstáculo para el enraizamiento de dicha organización en los ámbitos local y regional, aunque eficiente en términos operativos. La referida estrategia de expansión por penetración de territorios igualmente aparece como una impostura en la medida que las FARC desarrollan un proyecto político “nacional”, donde lo regional aparece apenas como subsidiario de propósitos tácticos y operativos.

Lo anterior explica que en Colombia las FARC no hayan podido agenciar un proyecto reivindicativo regional. No porque no exista. En los últimos años, las élites políticas locales y regionales tampoco han podido fraguar proyectos reivindicativos propios, ante el riesgo de cooptación de los mismos por parte de la insurgencia. Al contrario, han preferido mantener el sistema clientelista, dando al traste con el propio espíritu de la Constitución de 1991.

Se hace necesario estudiar las dinámicas económicas, sociales y políticas de las regiones en el contexto nacional y frente a los retos de la globalización. Por ejemplo, en el caso analizado por

Ferro y Uribe, centrado en el accionar de las FARC en el departamento del Caquetá y la Amazonía en general, es notable la ausencia de un análisis de las transformaciones estructurales ocurridas en la región y de la importancia estratégica regional en contexto de globalización. Ese ejercicio con seguridad arrojaría luces sobre la transformación de una economía de colonización productiva en una economía de captura de rentas (coca, petróleo, recursos fiscales del Estado), y sobre los juegos estratégicos de las grandes potencias tras los recursos ambientales de la Amazonía.

Tales transformaciones explican en parte los cambios (crisis) en las instituciones regionales, el paso de la cultura productiva a la especulativa, la emergencia de dualidad de poderes, el debilitamiento del Estado, etc.; explican también, por qué las FARC y los paramilitares han asignado tantos recursos militares a esa región, al igual que la concentración de recursos del Plan Colombia en la misma. No todo es estrategia organizativa en el orden de la guerra.